



LA MUJER EN EL "NARCOMUNDO". CONSTRUCCIONES TRADICIONALES Y ALTERNATIVAS DEL SUJETO FEMENINO

LILIAN PAOLA OVALLE
Y CORINA GIACOMELLO

La prensa, los noticieros, las películas e incluso las telenovelas, han difundido en el imaginario social la existencia de los grandes "barones" y "capos" del narcotráfico. Así, las historias enmarcadas en este fenómeno económico y sociocultural se fundamentan en construcciones míticas de superhombres poderosos, valientes y violentos que, desafiando la ley, abanderan una actividad altamente lucrativa. Sin embargo, esta representación mediatizada del narcotráfico vela la realidad, la mayoría de las veces trágica, de millones de mujeres que también hacen parte y conforman a las redes transnacionales del narcotráfico.

La cotidianidad del "narcomundo" relata la historia de mujeres: las madres que rezan por el incierto futuro de sus hijos; las viudas, las "mujeres-trofeo", según Valenzuela (2003); las estigmatizadas hijas de "narcos" o supuestos "narcos", para quienes ese particular mundo constituye su medio natural y especialmente las historias de miles de mujeres que deciden vincular-



se laboralmente al mundo del narcotráfico desde transportando drogas, hasta cumpliendo funciones más especializadas.

Así, este artículo constituye un ejercicio preliminar de organización de las “notas de campo” sobre los escenarios de acción para la mujer que se han venido registrando¹ al interior de las “redes de comercialización de drogas ilegales”. La tesis fundamental de este artículo es que el “narcomundo” constituye un escenario en el que se pueden observar con especial nitidez las construcciones, tanto tradicionales como alternativas, de lo que significa “ser mujer”. Así pues, se presenta este texto, cuyo objetivo es explorar los sentidos y significados que sobre el sujeto femenino circulan en las redes de comercialización de drogas ilegales y exponer algunas notas de campo que dan cuenta de las funciones y roles que cumplen las mujeres en estas redes.

EL “MACHISMO” ESTRUCTURAL DEL “NARCOMUNDO”

En la mitología griega, cuando Dionisio se miraba al espejo no veía reflejado su rostro, sino la imagen del mundo en el que estaba inmerso. Según Restrepo, así actúa el asunto de las drogas y el narcotráfico, como un espejo

¹ Lo que aquí se señala es el resultado del trabajo de campo (entrevistas y observaciones) que se viene realizando en un proyecto más amplio que se propone explorar los discursos sobre el poder social que circulan por estas redes y se titula: “Empresarios ilegales y correos humanos. La producción de discursos sobre el poder social en la red transnacional del narcotráfico”.



que muestra fragmentos del mundo social y de las contradicciones de la cultura contemporánea (2001: 11). Con tal planteamiento, este autor expone la importancia de estudiar el fenómeno, al tiempo que identifica el problema práctico que se percibe al intentar delimitar las fronteras de la cultura del narcotráfico. De hecho, las fronteras entre la “narcocultura” y las culturas oficiales se presentan bastante borrosas y se pueden enumerar varios ejemplos para corroborar esto. El derroche, la opulencia, la transgresión, el incumplimiento de la norma y el machismo son, entre otras, prácticas sociales continuamente asociadas al “narcomundo”; sin embargo, vemos que todas ellas son en mayor o en menor medida prácticas recurrentes en las culturas oficiales.

En este sentido, las implicaciones del narcotráfico van mucho más allá de los ámbitos legales, políticos, económicos y de las relaciones exteriores. Los diversos estudios que desde las ciencias sociales han abordado este fenómeno,² coinciden en señalar que las actividades del narcotráfico implican un modo de vida específico, caracterizado por la cohesión que ofrece el hecho de compartir una actividad ilegal y clandestina de la cual se derivan importantes ganancias económicas. De esta manera, el “narcomundo” es entendido como un escenario de producción de formas particulares de vida a partir de la convergencia en la actividad de producir o traficar

² Salazar (1992, 1995, 2001a, 2001b), Córdoba (2002), Astorga (1995, 1996, 2003), Krauthausen (1999), entre otros.



sustancias psicoactivas ilegales. En otras palabras, se hace referencia a una entidad sociocultural que se objetiviza en un conjunto de prácticas como la opulencia, el derroche, el consumo demostrativo, la transgresión y la violencia. Igualmente, estos estudios han identificado que los narcotraficantes conviven en sociedad exteriorizando estas “formas de hacer”, lo cual ha generado en algunas regiones epicentros del narcotráfico una serie de cambios y transfiguraciones sociales y culturales relacionadas directamente con el establecimiento de nuevas pautas de interacción, cambio en los valores, procesos de legitimación, entre otros.

En este sentido, queda claro que el narcotráfico establece pautas definidas de interacción social entre los diferentes actores; y es a partir de dichas manifestaciones que autores como Valenzuela (2002), Restrepo (2001) y Córdoba (2002) plantean la existencia de una cultura del narcotráfico o una “narcocultura”. Si se entiende a la cultura como la producción de significados vividos por una comunidad³ determinada, cobra sentido hablar de una “narcocultura”, ya que plantear su existencia es afirmar que alrededor de la actividad ilegal de transportar y comercializar drogas ilegales empiezan a aparecer y a generarse diversos sentidos prácticos de la vida o diversas “reglas del juego” y normas de comportamiento. En este sentido, la

³ En este punto es necesario recordar el concepto de comunidad deterritorializada y tener en cuenta que, al hablar de comunidad, no se hace referencia necesariamente a un grupo de personas que comparten un mismo territorio.



“narcocultura” define la situación de estos grupos dentro de la vida social, ya que al mismo tiempo distingue y unifica a quienes participan y/o comulgan con este proyecto ilegal.

En tal contexto, es importante plantear que autores como Valenzuela (2002) y Salazar (2001) han señalado al “narcomundo” como un sistema esencialmente machista, donde se reproduce en forma caricaturesca el “orden” social instaurado artificialmente sobre la base del supuesto de la superioridad masculina. Por lo tanto, es común que en el mundo del narcotráfico se construyan las relaciones de género a partir de un conjunto de actitudes y comportamientos que discriminan y marginan a la mujer por su sexo.

Esto se observa empíricamente en los limitados papeles y funciones que son asignados a las mujeres al interior de sus redes y en el difundido estereotipo social sobre las “mujeres de los narcos” o, como prefiere llamarles Valenzuela, el caso de las “mujeres-trofeo”. Sin embargo, estos aspectos del machismo estructural y de la situación de las mujeres en las redes de comercialización de drogas ilegales se ampliarán en el siguiente apartado.

MAPEANDO LOS ESCENARIOS DE LA MUJER EN EL “NARCOMUNDO”

Existen diferentes roles y niveles de participación de la mujer en el mundo del narcotráfico, lo cual dificulta un ejercicio de mapeo de los diversos escenarios de



acción que se evidencian para la mujer en las redes de comercialización de drogas ilegales. Sin embargo, a partir del trabajo de campo con estas redes es posible identificar algunas notas preliminares que apoyan la tesis de que el “narcomundo” puede ser entendido como un escenario en el cual se visualizan, de manera especial, los lugares de lucha y de resignificación de lo femenino.

A continuación se presentan algunas de las circunstancias que permiten plantear dicha tesis.

ESPOSAS, MADRES E HIJAS ESTIGMATIZADAS

“El amor puede salirte caro” se anuncia en los carteles de una campaña que el Instituto Jalisciense de la Mujer lanzó para advertir a las mujeres sobre los peligros que corren al involucrarse con narcotraficantes.⁴ Al considerar que pueden advertir e influir en la decisión de una mujer sobre involucrarse o no con un narcotraficante, se termina por naturalizar el estigma y el prejuicio que recae en las mujeres cuyo único delito es ser la esposa, la novia, la madre o la hija de un “narco”.

Las “narcomadres” deben andar con la cabeza baja ante la doble moral de una sociedad que las juzga por haber parido

⁴ ¿No representa este tipo de campañas una forma más de reafirmar la “narcofobia” que señala a los traficantes y comerciantes de drogas ilegales como seres abominables que ni siquiera merecen el amor de una mujer?



hijos que “trafican con la muerte”; y deben aceptar la indiferencia de la sociedad y las autoridades ante el dolor por sus hijos desaparecidos, torturados o asesinados. “Te encuentras con gente que antes te saludaba de abrazo en la calle y que ahora te ve y corre”, plantea una informante.

Las “narcoesposas” cuando se sabe o se supone públicamente que sus familiares participan en las redes del narcotráfico son, dependiendo del lugar en el que viven, estigmatizadas y marginadas: “Siento mucha impotencia como madre y esposa; es bastante difícil, porque las que estamos dentro de todo esto sabemos lo que pasa y lo que estamos manejando, pero la gente que no está enterada de cómo están las cosas te etiqueta: ‘Son esposas de lo peor’”. Incluso se documentó el caso de una doctora, especialista en pediatría, quien al ser la esposa de un supuesto narcotraficante, fue víctima del rechazo de antiguos amigos y compañeros de trabajo. “Tuve reacciones de un grupo médico que fueron compañeros de mi generación de la carrera; estábamos en un consorcio médico en una clínica y ellos me pedían que me saliera porque se habían enterado de lo de mi esposo y no era posible que yo, siendo del sector salud y perteneciendo a personas que lo que hacen es mantener la salud, nos dedicáramos a vender grapas”.

Para las hijas de los narcotraficantes o de supuestos narcotraficantes la situación social no es menos complicada, ya que son igualmente víctimas del rechazo y la marginación social, tal y como se aprecia en el siguiente relato:



Una compañera de mi hija esperó a la hora de descanso y le dijo frente a otros 120 niños: "Vi en la tele que decían que tu padre está internado en La Palma por narcotraficante". Mi hija perdió el conocimiento, me hablaron de la escuela que tenía vómito, que estaba muy mal. Yo no llegué a tiempo por ella y la mamá de una compañera me hizo el favor de llevarla. Cuando llegué me dijo: "Le gritaron algo a ***** y...". Y yo respondí: "Pero, ¿qué pasó?" La mamá me miraba así con vergüenza: "¿Te digo lo que le dijeron o no te lo digo?" "Pues sí, necesito que me lo digas". "Le gritaron esto y yo quiero saber si es cierto, porque si es cierto me da mucha pena, pero mi hija no va a poder acercarse a tu hija". Era una escuela donde tenía compañeras que conocía desde chica, desde la cuna prácticamente y no regresó, perdió un año de prepa, entró a una prepa libre.

"Narcomadres", "narcoesposas", "narcohijas" no son más que construcciones míticas que recrean los medios de comunicación y los discursos oficiales en su afán por la noticia y el morbo. Pero detrás de estas etiquetas se esconden las historias de mujeres con errores y virtudes como cualquier otra, mujeres que luchan por sus familias y buscan estrategias para superar el estigma que marca su existencia. "Yo me hice dura y si la sociedad me critica no me interesa, porque la sociedad



no me mantuvo, no me preguntó algún día si mis hijos comían o si mis hijos vivían o si mis hijos existían”.

MUJERES TROFEO

Los diferentes estudios empíricos sobre el estilo de vida de los narcotraficantes coinciden en señalar que, al interior de estas organizaciones, la mujer es concebida como un bien más al que pueden acceder para manifestar en el espacio público su poder adquisitivo y social. En este sentido, al interior del “narcomundo” presentarse en sociedad con el reloj más costoso y lujoso, con la ropa más prestigiosa, con el auto más costoso y llamativo es tanto o más importante que presentarse con la mujer más hermosa y voluptuosa. La mujer aparece así como un objeto más por medio del cual el narcotraficante comunica a la sociedad con la que interactúa su éxito en términos de riqueza y poder social.

En los lugares epicentro del fenómeno del narcotráfico, donde las prácticas sociales de los “narcos” se evidencian en el espacio público, es común encontrar representaciones sociales de las mujeres vinculadas afectivamente a algún miembro de las redes de comercialización de drogas ilegales, como mujeres esencialmente preocupadas por su apariencia física y los bienes materiales, mujeres tan hermosas como vacías e interesadas, objetos sexuales intercambiables.

Este imaginario colectivo de las mujeres del narcotráfico pesa y se manifiesta de diversas formas en su existencia; por ejem-



plo, es común documentar en sus historias continuos episodios de acoso sexual. “Con algunos tipos me tocó que estábamos hablando y de repente bajaban la mano a la pierna y tú te haces al lado... y con otros... uno todo el tiempo me decía: ‘Con todo respeto, está usted muy guapa, con todo respeto qué bien está usted’, y yo: ‘Con todo respeto, cabrón, pero deja de estarme chingando’”.

Sin duda, este problema del acoso sexual no es exclusivo de las mujeres que se mueven por las redes de comercialización de drogas ilegales; sin embargo, al moverse en terrenos al margen de la ley y de las instituciones soportan una mayor carga de vulnerabilidad. Si es difícil encontrar los mecanismos para enfrentar este tipo de situaciones laborales o de convivencia en las instituciones formales, mucho más en estas redes donde el único medio para garantizar el cabal funcionamiento de las transacciones sociales y para resolver los conflictos es la instrumentalización de la violencia. Al respecto una informante plantea: “Yo no conocía toda la ciudad de noche, pero te citan a las dos de la mañana, a las tres de la mañana para hablar del trabajo, porque te hacen todo muy misterioso. ‘La puedo ver, pero a las tres de la mañana porque la información que...’. Y resulta que no te dicen ni madres, lo único que querían era verte a las tres de la mañana a ver si te encontraban caliente o necesitada, o a ver si tú les decías que sí”. Y otra informante plantea: “Algunas veces me pasó que un amigo o conocido decía que me iba a ayudar presentándome-



me a alguien bien parado o intercediendo por mí para que me dieran preferencia en la línea de venta, pero después vi que iban tras de mis nalgas y cuando veían que no aflojaba nada, se iban sin presentarme a nadie y sin ayudarme”.

Sin embargo, también se documentan casos en los que al tratar con representantes de la ley no son tratadas con prácticas diferentes a las señaladas.

Voy y busco a este fulano abogado que efectivamente tenía las posibilidades, tenía los recursos para poder llevar la defensa. Pero él me decía: “La veo en tal restaurante”. Y otra vez: “La veo ahí”, y luego: “Que nos vamos a tutear porque está usted muy joven y yo también estoy joven, dejemos de hablarnos de usted para más confianza”. Empezó con que: “Yo la respeto mucho” y empezó con un beso en la mano, luego con un beso en la frente y luego que: “Ya tengo a las personas que van a sacar a su esposo de ahí, pero nos tenemos que ver en este hotel”.

En otro caso documentado se observa cómo la resolución o no de un amparo depende de factores externos a los procedimientos legales y reglamentarios.

El amparo se me negó y entonces la abogada fue y dijo: “Oiga, venimos a ver por qué se negó el ampa-



ro si metimos esto y esto". Y le dice a mi abogada: "Que venga ella y que hable conmigo para que le pueda explicar a ella porque a usted no se lo voy a explicar". Y yo digo: "No porque siento que me ve muy morbosamente". "Ah, perfecto, entonces que se quede con la duda y que de todos modos el amparo no procede". Y dices: "No es posible; estás con una placa, con un poder judicial y si yo no sonrío ni me siento de frente para que me veas las piernas entonces me pones una jeta y me niegas el amparo". Luego pues yo, que de plano me les iba a seguir negando, entonces llegué un día muy sonriente: "Hola, licenciado, buenos días". Y él: "Ah, hola, se ve mejor sonriente". Entonces cuando vio que empecé a sonreír hasta me empezó a dar orientación; ahí te das cuenta de que si yo desde un principio le sonrío y le coqueteo pues me otorga el amparo.

MUJERES TRABAJADORAS

Aunque aún son escasos los estudios e investigaciones académicas centradas en las redes de comercialización de drogas ilegales, y los estudios que enfatizan en el análisis sociocultural de las transacciones simbólicas y de las prácticas sociales que configuran a estas redes son casi nulos; se pueden encontrar algunos trabajos, como los de Cajas (2005), Silva de Souza (2004), Ovalle (2005) y (2006), Giacomello (2006), que



ofrecen luz sobre estos aspectos. Tras la voz de los informantes de estos autores se observa a los carteles del narcotráfico como una ficción creada y recreada por autoridades y medios de comunicación para describir la realidad de las redes, generalmente familiares o clánicas, que se encuentran lejos de ser las sofisticadas y complejas estructuras imaginadas.

Los pocos “capos” o patrones que se llegan a conocer, aparecen como la cara visible de millares de empresarios de estas mercancías ilícitas, quienes surgen espontáneamente cada día. Los pactos de sangre y la idea de que el que “entra no sale” se derrumba tras la realidad de las alianzas transitorias que duran el tiempo necesario para culminar un negocio o un envío.

En este escenario laboral, mucho más dinámico y flexible que lo que nos relatan los medios de comunicación y los discursos oficiales, es en el que miles de mujeres tratan de encontrar una opción laboral. Estas redes aprovechan las pocas oportunidades de trabajo que tienen las mujeres en muchas zonas del país y, muchas veces, conociendo la especial vulnerabilidad de las mujeres jefas de familia, las utilizan como uno de los últimos eslabones en sus cadenas laborales asignándoles las actividades más riesgosas y mal remuneradas.

En la organización del narcotráfico, como en cualquier otra, existe una división del trabajo en diversas funciones que pueden desempeñar sus miembros, las cuales están directamente relacionadas con el poder del individuo dentro de la red y con la remuneración que obtienen por su trabajo. Al interior de



estas redes, como en prácticamente cualquier empresa latinoamericana, no existe la idea del riesgo laboral⁵ y casualmente las actividades que implican mayores riesgos son las menos remuneradas.

En este sentido, a pesar de que en los últimos años las redes transnacionales del narcotráfico han sido testigos de un cambio de roles y de una participación de las mujeres en funciones laborales de mayor prestigio y responsabilidad al interior de sus organizaciones, se puede observar que el común denominador para las mujeres que ingresan en las filas laborales del narcotráfico, es que llegan a ocupar las últimas posiciones en la cadena de la división del trabajo. Las funciones reservadas para las mujeres en el mundo del narcotráfico, además de ser de las más riesgosas, son funciones en las que la grandiosa rentabilidad del negocio de las drogas no es más que un espejismo.

En las narraciones de los sujetos entrevistados se pueden distinguir las siguientes funciones:

Servicios domésticos y de limpieza: en el trabajo de campo se ha documentado el caso de mujeres que a pesar de sólo haber sido contratadas como empleadas domésticas, tienen ciertas ventajas que no son fáciles de encontrar con otro tipo de "patrones", como los salarios que reciben; sin embargo, esta relación laboral para algunas significó el ser testigo de

⁵ En algunos contextos el riesgo laboral es contemplado al momento de establecer los salarios que se ofrecen: a mayor riesgo, mayor salario.



diversas actividades ilícitas y en muchos casos problemas legales al resultar implicadas.

Ventas al por menor de drogas ilegales, entregas a domicilio, emparadoras y cajeras: quienes se dedican al “narcomeudeo”, a empaclar las sustancias ilegales en dosis personales y a contar el dinero derivado de la venta de drogas ilegales, están cumpliendo funciones típicas de las bases del narcotráfico. Se ubican estas funciones juntas porque, además de tener remuneraciones similares, generalmente las mujeres van circulando por estas diferentes actividades.

Campaneras: se dedican a viajar de sector en sector, generalmente en autos, monitoreando el tráfico de la mercancía y los dineros. Para realizar este trabajo deben manejar y conocer las claves con las que se comunica el grupo.

Damas de compañía: es un lugar común y una idea recurrente en los medios de comunicación que los “narcotraficantes” son bastante “generosos” con las mujeres que los acompañan en los espacios de ocio y diversión y, especialmente, con las que acceden a tener relaciones sexuales con ellos. Aunque en el trabajo de campo se han documentado casos de personajes vinculados a estas redes, que no se apegan al estereotipo del “hombre mujeriego” que aprovecha su poder económico para conseguir cada día una nueva chica, las “damas de compañía” dentro de esta red son una especie de ingrediente que no puede faltar. Sin embargo, no se puede decir que una mujer que se ubique en este eslabón de la cadena laboral del



narcotráfico goza de una posición privilegiada dentro de la red. Incluso, aquéllas que fungen como damas de compañía de sujetos empoderados dentro de la red se encuentran en una posición vulnerable y nada favorable económicamente hablando, ya que están sujetas a los caprichos y a la generosidad o no de quienes les pagan.

Transportistas de droga, correos, mulas y prestanombres: éstas, al ser actividades típicas del narcotráfico trasnacional y al por mayor, son mejor pagadas que todas las anteriores; sin embargo, siguen siendo las funciones más riesgosas y menos remuneradas de la red.

Administrador de una red: se encarga de recibir la mercancía, monitorear su peso y el empaque en dosis individuales, distribuir la mercancía con sus contactos dedicados a las ventas al por menor y recolectar el dinero de las ventas.⁶

Si bien señalar de forma exhaustiva los diferentes oficios que pueden cumplir las mujeres en la red del narcotráfico escapa al propósito fundamental de este artículo, es importante señalar las diferentes funciones que se han documentado en el trabajo de campo y la forma en que estas funciones están relacionadas con el poder y la remuneración. Igualmente se puede señalar que, para ir escalando posiciones, se necesita que estas mujeres estén "bien contactadas", demostrar las capacidades, ganarse la confianza de sus superiores y apro-

⁶ Sólo una de las entrevistadas cumplía esta función y su vinculación con la red surgió por su padre, quien realizó el mismo trabajo.



vechar las oportunidades que brinden miembros importantes de la organización.

MUJERES PRESAS

En los últimos años el número de mujeres detenidas en México por delitos contra la salud ha ido en aumento. El caso de estas mujeres es paradigmático, ya que en muchas ocasiones han sido víctimas de procesos judiciales irregulares que terminan por convertirlas en los chivos expiatorios de la ineficaz “lucha contra las drogas”. Son mujeres que se dedicaban a la venta al menudeo, al tráfico de drogas o a actividades intermedias de bajo perfil.

Entonces el MP que me había entrevistado anteriormente se me para enfrente, se sienta en un escritorio y empieza a burlarse de mí, me dice: “Ya ves, finalmente vas presa”. Con una risa tan burlona que nomás me le quedo viendo. Lo que me afectaba a mí no era que me llevaran, a mí lo que me dolía eran mis hijos. La niña me agarraba, me abrazaba y me decía: “¿Mami, ahorita que llegamos a la casa me haces sopita?”. Se me llenaban los ojos de lágrimas y decía: “Ya no voy a regresar con ella” y él burlándose. Cuando me di cuenta de que se estaba burlando lo golpeo y le digo: “Nomás acuérdesese, y si tiene hijos nomás acuérdesese”.



MUJERES VÍCTIMAS DE VIOLENCIA FÍSICA

Para nadie es un secreto, pues los medios de comunicación dan cuenta de ello, que el mundo del narcotráfico instrumentaliza la violencia como medio de resolución de sus conflictos. Al ser una actividad económica ilegal y, por lo tanto, al no contar con los mecanismos legales para hacer cumplir las “reglas de juego” y los pactos realizados, la violencia se convierte en el medio necesario para asegurar la permanencia y la rentabilidad del negocio. Así pues, el modo de vida de los narcotraficantes integra un tipo de violencia racionalizada que les permite solucionar sus conflictos.

De esta forma, no resulta extraño que en el mundo del narcotráfico, al estar tan integrada la violencia en sus hábitos y prácticas culturales, ésta también sea instrumentalizada al momento de solucionar sus conflictos familiares o afectivos. Así pues, es común que en el trabajo de campo con estos grupos se documenten casos en los que se relatan amenazas, golpes y violaciones que quedan en el total desconocimiento de las autoridades. Algunos de los sujetos vinculados a la red de comercialización y tráfico de drogas ilegales, al saberse respaldados por una red de complicidades que les garantiza cierto grado de impunidad, terminan por abusar físicamente de las mujeres que los rodean.

La violencia física puede llegar incluso al homicidio. En el mundo del narcotráfico la muerte es el castigo natural a la



traición y si el valor de la vida se relativiza ante la presencia de una traición, en muchas ocasiones menos valor se le otorga a la vida de una mujer. Ejemplos de esto pueden ser los casos en los que las mujeres cercanas a un narcotraficante han resultado víctimas de los llamados ajustes de cuentas, así como las hipótesis en las que se señala la posible relación de grupos de narcotraficantes con los violentos asesinatos a mujeres en algunas regiones de México.

EL "NARCOMUNDO" COMO ESCENARIO DE LUCHA Y DE RESIGNIFICACIÓN

El "narcomundo", en este artículo, no es presentado únicamente como un escenario fundamental para observar el "machismo" estructural y la violencia de género en muchas regiones del país. Por el contrario, en este ejercicio reflexivo se plantea que, al ser un escenario de lucha, resulta también esencial su estudio al momento de identificar las construcciones alternativas de los roles femeninos.

Al hablar de la construcción del sujeto femenino en el "narcomundo", se está en consonancia con la postura que sostiene que las diferencias entre lo femenino y lo masculino responden a construcciones socioculturales y su explicación no descansa exclusivamente en las diferencias biológicas entre los sexos. Esta perspectiva permite prever la posibilidad del distanciamiento de las diversas formas estereotípicas en las que se aprende



a ser mujer, la reestructuración de las identidades femeninas y la incorporación de nuevos patrones de comportamiento.

Precisamente, al explorar los escenarios que dibuja el "narcomundo" para la acción social de las mujeres, éste aparece como un escenario de producción de formas particulares de vida en el cual se visualizan de manera especial los lugares de lucha y de resignificación de lo femenino. Entendiendo esto, cabe preguntarse por las variaciones en las formas de participación de la mujer en el "narcomundo": ¿estos roles se caracterizan efectivamente por la pasividad? ¿Cuáles son los sentidos que se construyen en el "narcomundo" sobre lo femenino? ¿Para entender la construcción del sujeto femenino en el "narcomundo" son suficientes las nociones de resistencia y reproducción o es necesario sumergirse en la complejidad con la que actúa el poder? ¿Al ser el "narcomundo" un contexto en el que el uso de la fuerza y la violencia simbólica y material resultan estrategias esenciales de desarrollo y supervivencia, se gestan a su interior nuevas identidades del sujeto femenino, alejadas de las expectativas pasivas y virtuosas que se le imponen a la mujer?

CONCLUSIONES

En este artículo se entiende al "narcomundo" como un escenario de producción de formas particulares de vida, a partir de la convergencia en la actividad de producir o traficar drogas ilegales; igualmente se plantea que una



de las características de este tipo de vida —por lo menos en sus interacciones en el territorio mexicano— es el machismo estructural que configura sus redes.

Así, al explorar los sentidos y significados que sobre el sujeto femenino circulan en las redes de comercialización de drogas ilegales y exponer algunas notas de campo que dan cuenta de las funciones y roles que cumplen las mujeres en estas redes, se pueden observar con especial nitidez construcciones tanto tradicionales (esposas y madres abnegadas, mujer-objeto) como alternativas (construcciones que se alejan del virtuosismo y la pasividad) de lo que significa “ser mujer”. Mujeres discriminadas, mujeres “trofeo”, mujeres explotadas laboralmente, mujeres presas, mujeres víctimas de la violencia; realidades al límite que esconden las historias de personajes reales que viven al borde de su identidad femenina.

Así, el “narcomundo”, al constituir un contexto que sobreexpone a una crisis constante a las mujeres que se desenvuelven en él, es presentado como el escenario ideal para observar con especial nitidez los espacios de lucha y resignificación del sujeto femenino. Sin embargo, como se planteó al principio, este texto no tiene mayores pretensiones que las de un ejercicio preliminar de organizar algunas “notas de campo”. La tarea está por hacerse y la realidad de estas mujeres reclama con urgencia ser estudiada desde una perspectiva cultural, que esté por encima del estigma o “narcofobia” del que dan cuenta los discursos oficiales sobre las drogas. Finalmen-

te, al explorar los escenarios, prácticas y roles de las mujeres en el "narcomundo", queda claro que éste constituye un escenario en el que se reconstruyen los significados del sujeto femenino; de igual forma, quizá un abordaje cultural de los escenarios de la mujer en el "narcomundo" pueda implicar una deconstrucción de las verdades y dogmas que circulan en los discursos oficiales sobre el tema de las drogas, su tráfico y su comercialización.

BIBLIOGRAFÍA

- ASTORGA, Luis. *Drogas sin fronteras, los expedientes de una guerra permanente*. Grijalbo, México, 2003.
- *El siglo de las drogas*. Espasa Calpe, México, 1996.
- *Mitología del "narcotraficante" en México*. UNAM-Plaza y Valdés, México, 1995.
- CAJAS, Juan. *El truquito y la maroma: Noches de cocaína, traquetos y pistolocos en N.Y. Una antropología de la incertidumbre y lo prohibido*. Grijalbo, México 2005.
- CAMACHO GUIZADO, Álvaro. *Droga y sociedad en Colombia. El poder y el estigma*. CIDSE-CEREC, Bogotá, 1988.
- CÓRDOBA, Nery "Narcocultura en Sinaloa: Simbología, transgresión y medios de comunicación". Tesis de doctorado. UNAM, México, 2002.
- GIACOMELLO, Corina. "Rompiendo la zona de silencio. Testimonios de internos, exinternos y familiares de internos del centro de readaptación 'La Palma'". Inédito, 2005.
- FLORES PALACIOS, F. *Psicología social y género: El sexo como objeto de representación*. Mc Graw Hill, México, 2001.



- GEERTZ, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Alberto L. Bixio (trad.). Gedisa, México, 1997.
- IGLESIAS, Norma. *Entre yerba, polvo y plomo. Lo fronterizo visto por el cine mexicano*. COLEF, México, 1985.
- KRAUTHAUSEN, Ciro. *Padrinos y mercaderes. Crimen organizado en Italia y Colombia*. Norma, Bogotá, 1999.
- OVALLE, Lilian, James CUENCA y Diana RIVERA. *Narcotráfico y poder social. Razones para entrar y permanecer en el negocio*. Pontificia Universidad Javeriana, Cali, 1999.
- "Las fronteras de la narcocultura". *La frontera interpretada*. UABC, México, 2005.
- "Las redes transnacionales del narcotráfico y su territorialización en Baja California", en Garduño, Everardo (ed.). *Los estudios culturales en Baja California*. Porrúa-UABC, México, 2006.
- RESTREPO, Luis Carlos. *La droga en el espejo de la cultura*. UCPI, Bogotá, 1994.
- *La fruta prohibida*. Panamericana, Bogotá, 2001.
- SALAZAR, Alonso y A. JARAMILLO. *Las subculturas del narcotráfico*. Cinep, Bogotá, 1992.
- *No nacimos pa semilla*. Cinep, Bogotá, 1995.
- *La parábola de Pablo*. Planeta, Bogotá, 2001a.
- *Drogas y narcotráfico en Colombia*. Planeta, Bogotá, 2001b.
- SILVA DE SOUSA, Rosinaldo. "Narcotráfico y economía ilícita: Las redes del crimen organizado en Río de Janeiro", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, año 66, núm. 1, 2004, pp. 141-192.
- VALENZUELA, José Manuel. *Jefe de jefes, corridos y narcocultura en México*. Plaza y Janés, México, 2002.